

Palabras liminares

Los norteamericanos se miran a sí mismos

Norteamérica ha estado viviendo tiempos difíciles. Lou Dobbs de CNN; Bill O'Reilly de Fox News, así como presentadores de los principales programas de opinión en radio –Maude Barlow de Canadá y muchos otros– han criticado a los tres gobiernos por movilizarse “en secreto” hacia la creación de una “unión norteamericana”. Acusan de traición a los tres gobiernos y a varios comentaristas, entre ellos a Robert Pastor, señalando sus esfuerzos secretos por dismantelar las fronteras e impulsar la construcción de una supercarretera de 18 carriles que iría de México a Canadá. Los cargos son falsos,¹ pero sin duda han influido en el debate sobre el tema en las tres naciones. Algunos quizás esperaban que canadienses y mexicanos estuvieran temerosos de estrechar lazos con su súper poderoso vecino. Para nuestra sorpresa, es esta súper potencia la que parece tener temor de sus vecinos.

El miedo proviene de los dos extremos: la derecha teme a la inmigración, en su mayor parte proveniente de México, mientras que la izquierda le teme a la globalización y al libre comercio. Los dos bandos unieron sus armas y han logrado intimidar a los políticos a grado tal que los han silenciado con respecto al tema de América del Norte. Hasta el primer ministro de Canadá y los presidentes tanto de México como de Estados Unidos se muestran tímidos al momento de presentar sus argumentos a favor de este tema, probablemente piensen que la postura de los extremos refleja la de la opinión pública en general, pero no es así.

Norteamérica tiene varias voces, aunque dos de ellas nos resultan especialmente pertinentes. Una es la voz estridente y enojada personificada por Dobbs. Una voz fuerte con eco en los tres países, aunque con toda seguridad no representa a más de 10 o 15 por ciento de la población. La segunda es la voz de las tres naciones, que se escucha

¹ Para la descripción de los cargos y su respuesta, véase: “In the Line of Fire: The Scholar Accused of Being at the Center of a Sinister Plot to Merge Canada, the United States, and Mexico Speaks Out”, *Intelligence Report*, publicado por el Southern Poverty Law Center, verano de 2007, no. 126, pp. 41-43; véase también: <www.american.edu/ia/cnas>.

en las encuestas de opinión pública. Mientras que Dobbs pretende hablar por las masas, las encuestas prueban que sólo lo hace por sí mismo y por una pequeña minoría.

Somos afortunados de que un conjunto sobresaliente de analistas y compañías dedicados a la opinión pública haya conseguido tomarle el pulso a la opinión en los tres países, preguntando con frecuencia sobre los mismos asuntos durante las últimas tres décadas, de tal manera que hoy podemos saber lo que la gente piensa sobre cada uno de sus vecinos geográficos y sobre "Norteamérica". Nos sentimos orgullosos de que la sección principal del presente número esté dedicada al estudio intensivo de la opinión pública en los tres países de la región.

El primer artículo se titula nada menos que "North American Convergence Revisited", de Miguel Basáñez, Ronald Inglehart y Neil Nevitte, tres académicos que han instrumentado la Encuesta Mundial de Valores en los tres países durante más de dos décadas. Ellos formulan las preguntas clave: ¿tienen los tres países valores diferentes?, ¿esos valores son convergentes o divergentes? Hace ya una generación que Seymour Martin Lipset sostuvo que Estados Unidos y Canadá comenzaron la construcción de sus naciones en formas opuestas: en el primero se produjo una revuelta y en el segundo se rechazó la vía revolucionaria en favor del orden. En un estudio sobre la identidad en América y la migración, Samuel Huntington concluía hace poco que el sistema de valores mexicano era radicalmente distinto del de Estados Unidos. Todavía más recientemente Michael Adams, en un análisis sin duda poco común, coincidió con las tesis de Lipset y Huntington acerca de las diferencias entre los valores estadounidenses y canadienses, pero también buscó demostrar que los valores en los tres países son divergentes. En respuesta a todas estas posiciones, Basáñez, Inglehart y Nevitte utilizan datos empíricos provenientes de tres importantes encuestas realizadas en los 27 últimos años, todas ellas derivadas de la Encuesta Mundial de Valores, la cual se aplica en por lo menos ochenta países. Encontraron que no sólo es inexistente cualquier diferencia en los valores de las tres naciones, sino que en realidad puede verificarse una significativa convergencia que atraviesa una amplia gama de actitudes relacionadas con la condición humana. Más aún, han descubierto que esta convergencia no se debe al predominio estadounidense sino a que los tres pueblos se han hecho cada día más parecidos.

Alejandro Moreno derrumba el segundo prejuicio utilizado para sostener la hipótesis de un distanciamiento creciente en Norteamérica: la desconfianza mexicana en Estados Unidos. Él también encuentra que en este caso la verdad es muy diferente de la que postula la sabiduría convencional. A partir de la década de los ochenta, antes del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), e incluso hasta hace unos pocos años, las percepciones de los mexicanos sobre Estados Unidos son cada día más favorables, a tal punto que el nivel de confianza de la población mexicana en su vecino del norte gradualmente se incrementó hasta duplicarse, incluso

a pesar de que sus opiniones positivas acerca de las políticas del gobierno estadounidense se han reducido a la mitad. Además, los mexicanos confían en Estados Unidos más que en cualquier gobierno latinoamericano. La explicación para esa confianza ascendente es, de acuerdo con Moreno, la “interconectividad”, es decir, la creciente integración social. Alrededor de la mitad de los mexicanos tiene un familiar cercano que vive en Estados Unidos, razón por la cual se ha estrechado la distancia que alguna vez sintieron con la nación vecina.

Por su parte Frank Graves, presidente de EKOS, una empresa encuestadora canadiense, quien es el autor de las encuestas más interesantes y de mayor duración de los tres países en relación con el tema de las actitudes sobre América del Norte y acerca de sus políticas gubernamentales, descubre que la opinión pública sobre el TLCAN de cada una de las tres naciones y las respectivas acciones de coordinación entre ellas son prácticamente opuestas a las nociones más difundidas sobre el tema. Sus sondeos demuestran que las opiniones de los tres países sobre los beneficios del TLCAN han cambiado a lo largo de los últimos trece años, pero que son favorables en la actualidad. De todas formas, mientras que todos estos autores sienten que las tres naciones se han beneficiado de su más estrecha colaboración, sus respectivas poblaciones piensan que son las otras dos las que han logrado mayores dividendos. Ésta es justamente la lógica política del comercio, la cual explica muy bien por qué siempre resultan complejas las aprobaciones de los acuerdos comerciales, aun cuando la ciudadanía entienda sin dificultades su importancia. Más sorprendente aun resulta que en los tres países se cree que las tres naciones se mueven hacia la unión económica, y la mayoría de la población piensa que se trata de una meta que vale la pena perseguir, asumiendo que una mayor integración protege la cultura y proporciona niveles de vida más elevados. La mayor parte de los ciudadanos en los tres países también está de acuerdo con la instauración de políticas que contemplen una mayor integración y más cooperación en temas como medio ambiente, transporte y defensa (perímetro de seguridad), así como en muchas otras áreas de importancia estratégica. Estos resultados contrastan en forma radical con la oposición populista a la integración.

Son tres los niveles de la integración. El primero se relaciona con las fuerzas sociales y económicas que están impulsando a las tres naciones a unirse. Desde la puesta en marcha del TLCAN, el comercio se ha triplicado y la inversión extranjera se ha quintuplicado. Las compañías se han vuelto “norteamericanas” y la población del continente busca cada vez más encontrar empleo o destinos turísticos allende sus propias fronteras. Casi no existe duda de que la integración social y económica se ha acelerado desde el TLCAN. El segundo nivel tiene que ver con la opinión pública. Tal como lo demuestran los artículos mencionados antes, la mayoría de los habitantes de los tres países tiene una actitud positiva frente a la integración y, de hecho, desea moverse con mayor celeridad hacia una colaboración más funcional. Como

un fiel reflejo de su apoyo creciente a la integración, mucho mayor que las voces estridentes opuestas a ella, la ciudadanía de las tres naciones demanda que sus gobiernos dirijan sus esfuerzos en una dirección clara de cooperación.

El tercer nivel de la integración es la institucionalización, esto es, el proceso mediante el cual los tres gobiernos comienzan a construir nuevas instituciones y políticas propiamente norteamericanas que reflejan la necesidad de que las acciones gubernamentales mantengan el ritmo de la integración. El artículo de Stephen Clarkson explora desde esta óptica el panorama norteamericano y concluye que el proceso de institucionalización se ha retrasado, pues ninguno de los tres gobiernos ha logrado responder adecuadamente a la velocidad de la integración. La explicación parece obvia. Los gobiernos prestan mucha mayor atención a las voces estridentes que a sus propios pueblos, cuyas posiciones, aunque ciertamente son claras (como lo demuestran los artículos de este número de *Norteamérica*), no son ruidosas ni tampoco intensas. No buscan exigirles a los líderes que presten atención; por el contrario, esperan que esos líderes sean quienes aporten alguna dirección en la materia; en otras palabras, que cumplan con su papel de dirigir. A menos que se reconozca, acepte y asuma esa función de liderazgo, podría perderse una de las mayores oportunidades para Canadá, Estados Unidos y México.

Sin duda otra clara señal de la "subinstitucionalización de América del Norte" es la escasez de centros de estudios sobre la región. En su contribución a este número Vassia Gueorguieva ha identificado sólo seis centros de estudios sobre Norteamérica en Estados Unidos y únicamente otros ocho en total en México y Canadá. El gobierno estadounidense ha invertido 28 millones de dólares durante los últimos cuatro años en centros de investigación nacionales (National Resource Centers), bajo el Título VI. Este apoyo se dirigió a 88 centros de estudios sobre Asia; 66 sobre Europa y Rusia; 48 sobre América Latina; 36 sobre Medio Oriente; 26 sobre África, pero ninguno sobre América del Norte. El flujo comercial entre Estados Unidos y sus dos vecinos es cuatro veces mayor que con la Unión Europea o con China y Japón, y Norteamérica todavía no se ha convertido en un tema merecedor de estudio. Estos centros de investigación nacionales son un factor clave para ayudar a Estados Unidos a entender al mundo, y aun así hemos dejado fuera a la región geográfica más importante para ese país.

El congresista estadounidense Henry Cuellar (demócrata por Texas), un representante al Congreso de un estado fronterizo sin duda con una visión más amplia sobre América del Norte, nos ha concedido una entrevista en que nos ofrece sus propias posturas y preocupaciones sobre las potenciales políticas futuras y los intentos de explicación de esta paradoja entre la importancia y el olvido. La respuesta es que Estados Unidos todavía no se ha decidido a tomar en serio a sus dos socios más importantes.

Tres problemas crónicos han contaminado a América del Norte y han sido motivo de preocupación para el Congreso estadounidense: los conflictos comerciales, la migración y la brecha en el desarrollo entre México y sus vecinos del norte. La propuesta de Robert Pastor para la creación de un Fondo de Inversión de América del Norte incluye nuevas opciones, sino es que resuelve todos los conflictos. El fondo destinaría 20 mil millones de dólares cada año a carreteras e infraestructura para interconectar las regiones más pobres del sur de México con los mercados del norte. En tan sólo una década, este fondo reducirá la brecha entre los ingresos alrededor de 20 por ciento, creará empleos en México y estimulará las exportaciones tanto de Estados Unidos como de Canadá, además de brindar a los tres países la sensación de que México puede llegar a unirse con sus vecinos desarrollados del norte.

Todos los demás artículos en este número abordan los temas principales a partir de puntos de vista apenas diferentes. Desde hace mucho la bibliografía sobre federalismo ha sugerido que los países con este sistema de organización política son más susceptibles de fracasar en sus intentos por alcanzar nuevas formas de colaboración que los gobiernos no federalistas. El artículo de Alan Tarr nos demuestra que lo contrario también puede ser verdad. Este autor analiza la influencia institucional del federalismo en las tres naciones. Percibe que esa influencia resulta potencialmente una fuerza positiva en el objetivo de alcanzar una mayor cooperación, especialmente en lo relativo a su instrumentación. Susan Karamanian, por su parte, se concentra en los conflictos comerciales en América del Norte y en la forma en que los principios a los que se acude para impartir justicia están delineando muy importantes áreas del derecho internacional.

En lo que concierne a las poblaciones minoritarias de América del Norte, César A. Velázquez Becerril y Gabriel Pérez Pérez abordan el estudio de Quebec y su larga lucha política por la aceptación dentro de Canadá. Consideran las preocupaciones culturales de Quebec en el contexto de la búsqueda de estrategias para su inclusión también en el ámbito de la política continental. Exploran la posibilidad de que la cooperación regional pudiese brindar apoyo a las aspiraciones de la provincia canadiense de alcanzar una mayor prosperidad, así como un mayor espacio para la expresión de su propio sentimiento como una identidad diferenciada dentro tanto de Canadá como de América del Norte, en particular desde los años transformadores de la Revolución tranquila. El artículo sugiere la posibilidad de evaluar todo este complejo marco contextual en los términos de una teoría de juegos multicultural. Un análisis de esa naturaleza nos conduciría a la consideración de estrategias políticas distintas dentro de este "juego" de identidades múltiples tanto en Quebec como en su relación con Canadá y con la búsqueda de la unidad dentro de esa diversidad.

Stéfanie von Hlatky nos ofrece, asimismo, otra perspectiva canadiense con implicaciones continentales. La controversia relativa a la soberanía del Ártico ha sido una fuente de tensión constante entre Estados Unidos y Canadá. Históricamente, Canadá ha mantenido celosamente sus reclamos de soberanía sobre este territorio y sus acuíferos, mientras que Estados Unidos ha cuestionado esos derechos con la finalidad de defender su propio interés en que el Paso del Noroeste sea considerado aguas internacionales. Por tradición, siempre se percibió en términos asimétricos la seguridad de esta región. En su contribución, la autora propone un acercamiento que trascienda la solución militar y permita a Canadá y a sus vecinos considerar la multiplicidad de retos que entraña la protección de estos acuíferos, de su medio ambiente, así como las implicaciones que el asunto de su soberanía y el estatus internacional plantean a todos los involucrados.

Este número intenta conscientemente continuar con la visión continental de la revista. En él destacan particularmente los temas relacionados con actitudes, valores, instituciones y políticas públicas. El Center for North American Studies de la American University siempre le estará agradecido al Centro de Investigaciones sobre América del Norte (CISAN) de la Universidad Nacional Autónoma de México por haberle concedido la responsabilidad de editarlo. Deseamos sinceramente que continúe el indiscutible éxito ya obtenido por *Norteamérica*, así como su importante y muy elogiada misión académica de informar y brindar resultados de investigación rigurosos a su público continental.

Robert A. Pastor
James T. McHugh
Anthony Elmo